

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

*Tema: La vida en Cristo –
Estudiamos la carta a los colosenses (cap. 3:1 al 4:1)
(14 días)*

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
© Diakonissenmutterhaus Aidlingen



Día 1

Colosenses 3:1-11

En el segundo capítulo de su carta, Pablo puso delante de los ojos de los cristianos de Colosas que, por la fe, habían sido resucitados a una nueva vida juntamente con el Señor Jesucristo. Dios hizo posible esto, por su poder extraordinario (Col. 2:12). Pablo enlaza esto con: “Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios”.

¿Qué quiere decir el apóstol con esto? Leamos Ro. 12:1,2. En la tierra se trata por lo general, las cuestiones de la propia vida. Se pueden lograr muchas cosas en la vida, uno puede conseguir fama y bienestar. Pero la vida eterna en la gloria de Dios no se logra de esta manera.

“¡Buscad las cosas de arriba!” Pablo señala que nuestra perspectiva de una vida plena no se encuentra en lo terrenal. Jesucristo ha “plantado” (ya ahora la) eternidad junto a Dios, en los corazones de aquellos que confían en Él. Ella conecta con el cielo a los suyos, que están aún en la tierra. “Porque habéis muerto (respecto al pecado), y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios”. Seguimos viviendo en la tierra, atrapados en una rutina diaria agotadora y, llenos de preocupaciones, dificultades y problemas de la existencia.

Precisamente por eso, debemos concentrarnos en el “después” y prepararnos para ello.

Para comprender esto, Pablo, en otra carta, tomó como modelo al atleta (1.Co. 9:24,25). Este está decidido a alcanzar el objetivo fijado como ganador. En un largo período de preparación, se centra en la realización de este proyecto, omitiendo todo lo que pueda bloquear o paralizar su fuerza. Con toda la alegría, los preparativos son agotadores, incómodos y consumen mucho tiempo. ¡Pero él aguantará! (Lea Fil. 3:13,14).



Día 2

Colosenses 3:3-7

“Vuestra vida está escondida con Cristo en Dios”. ¿Por qué se habla aquí de una vida escondida? ¿Acaso no debemos ser testigos visibles de Jesucristo? ¡Sí, ciertamente lo debemos ser! Pero... todavía no hemos salido de nuestra “piel”. Vivimos en un cuerpo pasajero.

Nuestra apariencia se asemeja completamente a la de nuestro Señor, recién cuando estemos junto a Él (lea 1.Jn. 3:2; 2.Ts. 1:10).

Pero si no somos perfectos, ¿cómo podremos vivir una vida auténtica que concuerde con la de Cristo? ¡Por la fe! Jesús vive por la fe en nuestros corazones (Ef. 3:17). Él en mí es mayor y más poderoso que mi vieja manera de pensar, mayor que todas las tentaciones y los pecados, aún mayor que los duros pecados habituales. Jesús vive en mí, Su vida buena. En esto puedo confiar cada día y una y otra vez dejar, quitar, rechazar lo que a Él no le agrade.

Una y otra vez será necesario separarnos de aquello que seduce al pecado: “si (ustedes) por medio del Espíritu dan muerte a los malos hábitos del cuerpo, vivirán” (Ro. 8:13b NVI). De manera parecida Jesús mismo dijo: “si tu mano derecha te es ocasión de caer, córtala, y échala de ti” (Mt. 5:30a).

Debería quedar claro que ni el Señor ni Pablo están llamando a mutilarse a sí mismos. Más bien, se trata de una negación sin reservas y de un alejamiento del pecado, del egoísmo y de la terquedad.

Debemos confrontar el pecado, con una fuerza superior a él: el Espíritu Santo, que nos ha sido dado con Cristo.

Podemos orar: “Señor, yo no lo logro, no puedo resistir. Pero Tú eres el fuerte Salvador. Yo confío en Ti, para que ahora actúes en y, a través de mí.”



Día 3

Colosenses 3:8-17; Romanos 6:11

¿Vivimos – por fe – en aquello que Cristo consiguió por nosotros? El apóstol Pablo se sirve ahora de otro ejemplo, para aclarar la necesidad de nuestra transformación: el desvestirse y vestirse.

La vestimenta vieja se rompe fácilmente y es de aspecto desagradable. Quizás ya está sucia y tiene mal olor. ¡Quítense el ropaje de la vieja naturaleza con sus motivos malos, motivos y características desagradables! (Col. 3:5-9), exhorta Pablo a los colosenses.

¡Sepárense de las cosas sucias y vístanse del nuevo hombre!, que corresponde a la imagen de nuestro Señor Jesucristo. Él les ha regalado a ustedes, sus queridos y santos hijos, que se han entregado confiadamente a Él, una nueva vestimenta, que cada día debemos vestir: “entrañable misericordia, amabilidad, humildad, mansedumbre y paciencia”.

Los versículos 13 al 17, no ponen sólo a los cristianos de aquel entonces, el espejo delante de sus ojos, sino también a nosotros hoy en día. Seguramente descubriremos bastante suciedad. Considerando la amabilidad, el amor, la humildad y la paciencia de nuestro Señor, vemos nuestro egoísmo, nuestra falta de amor e infidelidad y mucho más.

Pero, ¿acaso el Señor, que transformó al blasfemo, perseguidor y peligroso criminal como era Pablo, en un auténtico y ejemplar cristiano, no podrá perdonarnos también a nosotros y renovarnos completamente?

Muchos lo han testificado: cuando entregaron a Jesucristo el gobierno de su vida, experimentaron, que podían quedarse tranquilos, cuando algo se malogró. No tenían que retirarse ofendidos por haber sufrido una injusticia contra ellos, o vengarse por algo, no tenían que mentir al otro, gritarle o golpear las puertas, o hablar mal de él. Sin embargo, muchas veces fracasaremos. Pero tenemos un Señor que ama a los fracasados y ora por ellos.

Y nosotros, de nuestra parte, también pedimos perdón y se lo otorgamos a otros. Encontramos un gran aliento leyendo, Miqueas 7:18,19 y Salmo 103:2-13.



Día 4

Colosenses 3:12-17

“¡Vestíos, pues, ...“esto suena así, cómo si las buenas características estuvieran preparadas tal como la ropa limpia a la mañana. Sólo hace falta ponérsela. ¿Realmente es así de sencillo? Preguntándolo de manera diferente: ¿acaso no lo hacemos muchas veces demasiado complicado? Una y otra vez estamos en conflicto con nosotros mismos y pensamos que deberíamos “actuar” con buenos modales por educación, diligencia, disposición para ayudar a otros, disciplina ... Esto es importante, pero no lleva a la meta espiritual. Nuestro *viejo hombre* no debe ser reeducado, sino debe desarrollarse el nuevo hombre. El *viejo hombre* es y sigue siendo incorregible, depravado y consagrado a la muerte. Él ya no debe llevar la voz cantante. El mando tiene ahora únicamente Cristo, Quien vive por la fe en mí.

Respecto a esto Watchman Nee* escribió: “Dígale a Dios: ‘Yo no lo puedo hacer, pero tu ley en mí, puede hacerlo y lo hará. Yo pongo mi confianza en Ti’ (Ro. 8:1-16) ... Mi santificación (que se hagan visibles todas las buenas características de Jesús en mí) no es un estado de vida, sino una persona (Cristo en mí). La vida cotidiana con Cristo se deja resumir en una palabra, en la palabra: aceptar. Todo lo que Dios demanda de mí – paciencia, mansedumbre, humildad, bondad, santidad y gozo – no representa lo que yo soy, ni lo que logro, ni una virtud, la cual anhelo o la que quiero alcanzar. Todo lo es el Cristo en mí. En todo esto Él se manifiesta”.

Y, ¿qué debemos hacer nosotros? “Para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones” (Ef. 3:16,17a). ¡Cedámosle el paso a Jesús en nosotros! (Lea He. 11:1-11,17-19, 24-30; 12:1,2).

*Watchman Nee (1903-1972) era un predicador chino. Él redactó una gran cantidad de escritos espirituales. Los últimos 20 años de vida fue retenido en un campo de trabajos forzados por su fe cristiana.



Día 5

Colosenses 3:12-17

En este párrafo se nombran más o menos quince buenas características, conductas, que se refieren a nuestra relación con Dios y con nuestro prójimo. En esto no se trata de nosotros y de nuestra apariencia espiritual, sino de aquellos con los que convivimos diariamente. Pablo reconoce por experiencia propia: la nueva vida nos exige luchar. Esto es completamente normal, pues nuestra natural manera de ser, se inclina siempre a cuidar nuestro egoísmo y no a buscar la honra de Dios. “La naturaleza pecaminosa ... desea lo que es contrario al Espíritu, y el Espíritu desea lo que es contrario a ella. Los dos se oponen entre sí, de modo que ustedes no pueden hacer lo que quieren” (Gá. 5:17 NVI).

Por medio del Espíritu Santo, Cristo vive en nosotros y con Él *su* manera de pensar, de sentir, de hablar y de actuar. Pero mientras tanto vivimos en este mundo, existe la funesta posibilidad de recaer a nuestra vieja, egoísta y terca manera de vivir. En este punto se tiene que comprobar nuestra fe en el Señor resucitado y nuestra confianza en Él y, en Su poder. Esta es la batalla que debemos luchar diariamente, pues el adversario de Dios no es inactivo. En esta lucha, es decisivo que no nos ocupemos de decorar y sacar el brillo de nuestra propia apariencia.

La manera de ser de Jesús quiere desarrollarse de tal forma, que nuestro prójimo y los creyentes junto a nosotros, puedan evidenciar algo. Ellos deben poder ver en mi vida, cuán bueno es Dios, cuánto Él nos ama; de qué manera bondadosa, misericordiosa y paciente trata con nosotros.

Por eso: “soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros” (Col. 3:13; comp. Mt. 6:14; 18:21,22; Ef. 4:32).



Día 6

Colosenses 3:14

Todos somos muy diferentes. Uno actúa despacio y con prudencia, el otro es ágil y siempre el primero; uno es práctico, el otro es más teórico; uno ama el aire fresco en la habitación, el otro prefiere el calor; uno es cuidadoso y preciso, el otro más atrevido y generoso ... Si no existiese el vínculo del amor, una convivencia a largo plazo no sería posible.

Unos tratarían de imponerse, y los otros preferirían retirarse y dejar que lo hagan los demás. Pero en esto, el “vínculo perfecto” tiene una función muy importante.

El pastor Axel Kühner lo explicó una vez con el ejemplo de un libro: “hace 25 años recibimos, mi esposa y yo, una Biblia de regalo en nuestra boda. Ella contiene 2500 hojas. Ninguna hoja es el todo, pero cada hoja es importante para el todo. Durante 25 años hemos leído y hojeado la Biblia todos los días, trabajando y buscando en ella. El hecho de que las 2500 páginas estén todavía presentes y sin daños se debe a la cuidadosa encuadernación que protege y mantiene juntas todas las muchas páginas muy delgadas”.

También los creyentes, cada uno son como las páginas de un libro. Ninguno es el todo. Todos juntos están sostenidos por la encuadernación; un conjunto de hojas sueltas no tiene duración.

Las páginas contienen diferentes impresiones, se complementan y forman en conjunto el todo. Algunas Biblias, es decir sus páginas, tienen un canto dorado. En una hoja sola, casi no se lo distingue. Pero cuando todas las páginas están juntas, se nota un brillo muy hermoso. Solos, nos parecemos pálidos y pequeños. Pero juntos, tenemos un efecto atractivo, cuando estamos unidos por el vínculo perfecto, que se llama *amor* (comp. Hch. 2:42,46,47; 4:32-35; Ef. 4:15,16).



Día 7

Colosenses 3:17-25

“Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él”. Nuestra vida externa es una expresión de la vida interior que vivimos con Cristo. Si decimos: “Jesucristo vive en mí”, esta declaración no nos da derecho a estar orgullosos. Justamente en lo pequeño y escondido de la vida diaria, se debe comprobar lo que creemos, sea en la familia, en la escuela, en el trabajo o al estar jubilados.

El apóstol Pablo se dirige ahora a los que conviven en la casa, y se vuelve muy concreto. Se dirige a las mujeres y a los hombres, a los hijos y a los padres, a los siervos y a sus amos. La imagen bíblica del matrimonio, la familia y la crianza de los hijos, hoy en día se considera a menudo, atrasada y obsoleta. Debemos examinarnos si realmente hemos entendido lo que Pablo escribe al respecto. “Casadas, estad sujetas a vuestros maridos ...” En nuestra sociedad, mas bien se trata de independencia, libertad y autodeterminación. La pregunta es, si en lo general ¿estamos dispuestos a sujetarnos – el hijo a sus padres, el alumno al maestro, el empleado al empleador, el ciudadano a la legislación estatal? (Comp. He. 13:17; 1.P. 2:13,14; 5:5.)

¿Qué se entiende realmente por sujeción? Muchos piensan en seguida al mencionar este concepto, en presión y violencia; y lamentablemente en todos los niveles de relaciones, existen muchos ejemplos de abusos respecto a la sujeción. Nosotros queremos limitarnos en este tema, en las relaciones interpersonales que Pablo menciona. Sobre todo está vigente: “Someteos unos a otros en el temor de Dios” (Ef. 5:21; comp. Lc. 22:42).

Primero, Pablo menciona la mujer casada, que debe estar sujeta a su propio marido, “como al Señor” (Ef. 5:22).



Día 8

Colosenses 3:18,19

Después de que, en el paraíso Eva había comido del fruto del árbol, Dios le dijo: "... él (tu marido) se enseñoreará de ti" (Gn. 3:16b). Aquí no se trata de un mandato ni de una ley, sino de una palabra profética, algo que iba a venir. Una mirada a la historia humana demuestra la verdad de esta profecía: hay hombres que dominan a sus esposas y las consideran su propiedad. Por el otro lado, también mujeres intentaron dominar a sus esposos, como por ejemplo la cruel reina Jezabel (1.R. 18:13; 19:1,2; 21:1-16).

Según el orden bíblico de la creación, la mujer es dada al hombre como compañera, que corresponde a él, como ayuda y apoyo (Gn. 2:18). La mujer no es hombre. El hombre no es mujer. Ellos, no solo se diferencian corporalmente entre sí, sino también en su manera de pensar, de sentir y de actuar. Esto da lugar a diferentes prioridades respecto a sus funciones.

La fortaleza del esposo se pone de manifiesto, cuando cuida, protege y asume la responsabilidad espiritual de su esposa y de sus hijos. La fuerza de la esposa no se manifiesta sólo en el apoyo creativo de su marido. Asimismo, dedicará especial atención a la educación de sus hijos, según el evangelio, y a la creación de un buen ambiente y a la apertura del hogar.

El que habla con desprecio de "niños, cocina e iglesia", debería en primer lugar reconocer la descripción precisa y positiva del rol de la mujer, descrita en Proverbios 31:10-31.

El hombre y la mujer se complementan entre sí. La fuerza de la acción conjunta reside en la cooperación constructiva. Por lo tanto, el hombre no es ni "pashá" para servirle, ni "niño" para educarle. La mujer no es, ni la jefa, ni una simple ama de casa. El aprecio sincero y el amor cordial, deben caracterizar el matrimonio.

Sin embargo, ésto no es solo válido en el matrimonio. El amor de Jesús debe manifestarse en todos sus seguidores (lea Jn. 13:34; 1.P. 1:22; 1.Jn. 4:7).



Día 9

Colosenses 3:18-21

La sumisión, en el sentido bíblico, se refiere en primer lugar al reconocimiento obediente de una autoridad, basada en el amor y la confianza. No se trata, pues, de dar órdenes a las que tendría que seguir la obediencia ciega. De esta manera se instalarán las discordias, las luchas de poder y las disputas.

¿Acaso hemos conocido así a Jesucristo? ¿Concuera ésto con su amor? ¡Seguro que no! De acuerdo a la manera de ser de Jesús, sería una sumisión mutua, rodeada por el manto de humildad: “Someteos unos a otros en el temor de Dios” (Ef. 5:21).

Por eso, escribe el apóstol Pablo: la sumisión de la mujer se realice “como conviene *en el Señor*” (Col. 3:18b). Una vez más, se nos recuerda la actitud del Señor Jesucristo: en virtud del amor que prevalece entre el Padre y el Hijo, recorrió el camino de la obediencia y de la sumisión, sin renunciar a su singularidad y personalidad.

Por lo tanto, no debemos considerar este camino como degradante para nosotros. Jesús solo conocía una cosa en su vida: cumplir la voluntad de Dios (lea Jn. 4:34; 6:38; Mt. 26:39,42).

El término “subordinación” o “sumisión” abre otro aspecto. “Subordinarse significa, literalmente, ‘ponerse bajo un paraguas de protección’. Esto también deja claro que no se trata de degradar a la mujer: ella es invitada a confiar en el hombre” (H. Krimmer).

¿Y qué pasa con los hombres? “Maridos, amad a vuestras mujeres, y no seáis ásperos con ellas”. Pongamos atención: “al hombre no se le dice: ¡ponte encima! ¡Aprovecha tu privilegio! Nada de ésto” (W. de Boor). Mas bien dice: ¡amadlas! En el texto original, se trata aquí del amor ágape de Dios, que se entrega a sí mismo, se da y no busca nada para sí mismo. Así, precisamente así, nos amó el Señor Jesucristo y con esto, nos salvó de la brutal muerte eterna (Jn. 3:16).



Día 10

Colosenses 3:19-21; Efesios 5:25-29

“Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella” (Ef. 5:25). Se trata del amor ágape. Éste “significa siempre el claro amor procedente de Dios, que se da, lo cual no excluye el amar naturalmente, sin embargo, en sí, es completamente diferente” (W. de Boor). Entonces aquí no se encuentra ni la más mínima señal de un derecho, por el conocimiento de la propia “supremacía”, poder comportarse de manera dominante o violenta.

“No seáis ásperos con ellas”, exhorta el apóstol Pablo.

Muchos maridos no quieren dedicar tiempo a la familia, critican y se quejan, lo demuestran muy claramente cuando están insatisfechos, no se disculpan cuando han cometido un error, son tacaños con el dinero del hogar, dejan la educación de los hijos solo a su esposa y siguen sus propios caminos.

¿Cómo pueden los esposos mejorar la vida en común? Veamos la base: “Para que, en el matrimonio pueda existir una unión de la vida y de las tareas del hombre y de la mujer, es necesario escuchar juntos a Jesús, es decir, leer juntos la Biblia y *orar*” (A. Mauerhofer).

Algunos matrimonios se lo han propuesto muchas veces, pero al final se dejaron arrastrar por las turbulencias de la vida cotidiana.

Esto no es de extrañar. Porque Satanás, el adversario de Dios y el gran enemigo de los hombres, está ansioso por distanciar a la familia, célula germinal de la sociedad, de Dios y de su buena Palabra, de modo que no quede tiempo para reflexionar y cuidar de la comunidad. ¿Queremos aceptarlo sin contradicciones y dejar que las cosas sigan su curso desastroso, o bien ofrecerle algo esperanzador?

La palabra de Dios promete: “Bendecirá a los que temen a Jehová, a pequeños y a grandes. Aumentará Jehová bendición sobre vosotros; sobre vosotros y sobre vuestros hijos” (Sal. 115:13,14; lea Ef. 4:25-27; 1.P. 5:6-8; Stg. 4:5-8).



Día 11

Colosenses 3:20,21

“Hijos, ¡obedeced a vuestros padres en todo!” Nuevamente el apóstol Pablo toca un tema muy delicado. Aparentemente no es lo natural, que los hijos obedezcan a sus padres, sino Pablo, habría podido renunciar a esta exhortación. La obediencia debe aprenderse. Tampoco Jesús se excluyó a de practicarla (Lc. 2:51; He. 5:8,9).

La obediencia bíblica de los hijos, se basa en la obediencia de los padres a *Dios*. El padre y la madre tienen la autoridad y la responsabilidad que Dios mismo les ha conferido, para educar a sus hijas e hijos en un temor confiado a Dios (Dt. 6:4-9).

No es fácil educar, ni tampoco aprender la obediencia. La crianza de los hijos incluye el estímulo, la alabanza, la empatía, la veracidad, la bondad, la corrección, la fijación de límites y las consecuencias acordadas en caso de que se crucen las fronteras. Sin dolor de crecimiento en los padres y los hijos, la educación difícilmente tendrá éxito. Los errores ocurren en ambos lados.

En este sentido, los padres son un ejemplo especialmente cuando, ellos mismos practican el perdón y la reconciliación. Aquí reside una fuerte protección contra la amargura, el desánimo y los estados de ansiedad y temores en el corazón del niño. El ejemplo vivido de manera creíble, fortalecerá a los hijos para confiar en el Padre celestial y, de acuerdo con su edad, asumir responsabilidades y tareas por los demás. ¡Cuánta sabiduría forma parte de la tarea educativa de los padres! Esta sabiduría no cae del cielo, sino que debe ser pedida al Señor una y otra vez (Stg. 1:5; comp. Pr. 2:6; Dn. 2:19b-23).

Aquí se manifiesta una vez más, que los matrimonios deben permanecer en diálogo y pedir juntos, consejo y ayuda al Señor. Además, todos necesitamos mucho amor, paciencia y sabiduría en el trato con las personas, especialmente con nuestros hermanos en la fe.

El amor de nuestro Señor “no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor, no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad” (lea 1.Co. 13:4-8; comp. Ro. 15:2; Gá. 6:2; Fil. 2:4).

Día 12

Colosenses 3:21

“Padres, no exasperéis (enojar, enfurecer) a vuestros hijos, para que no se desalienten“. También los adultos pueden ser “hijos desalentados”. Ellos recuerdan una crianza demasiado estricta y exagerada.

Siempre se los sobreexigía con los objetivos que los padres tenían para ellos y que querían imponer. Fueron sometidos, posiblemente por la fuerza. O los padres no les dedicaban tiempo, dejaban a sus hijos solos o los mimaban para que se quedaran tranquilos. Puede que se llamaran cristianos, pero del amor y la bondad del Señor, se hizo muy poco visible. Así liberaron a los hijos al desánimo.

Las heridas de la niñez pueden reabrirse con mucha fuerza, e impulsar a la persona al temor y a la melancolía. Sin embargo, ¡Jesús puede sanar heridas! Él mismo fue profundamente despreciado y terriblemente lastimado. Por eso, nadie puede entender tan bien a corazones heridos y ayudarles que Jesús: “las heridas sanan a las heridas, Él tiene un bálsamo para dar” (P. F. Hiller). En eso también es necesario que las heridas sean limpiadas – de la suciedad de la venganza, de la auto compasión, de la amargura y falta de perdón.

Jesús ayuda a sus seguidores – también por consejo y acompañamiento pastoral – a reconciliarse con su propia biografía, y poder perdonar a las personas que los han herido tan duramente.

Y qué, ¿si aún no lo podemos hacer? Entonces podemos orar: “Señor, ayúdame a estar dispuesto para perdonar, dame la fuerza para hacerlo”. Esto no se refiere solamente a las heridas de la niñez, sino a todas las que pueden ocasionar, las relaciones difíciles y problemáticas.

Recordemos a José. ¡Con qué tremenda injusticia le trataron sus hermanos! Pero él venció las incontables vilezas en su corazón y creció en medio de las oposiciones y humillaciones, hacia un hombre maduro. Así José pudo declarar: “vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien” (Gn. 50:20; comp. Lv. 19:18; Sal. 37:7,8).



DÍA 13

Colosenses 3:22-4:1; Efesios 6:5-9

Gracias a Dios, la esclavitud fue abolida oficialmente. Pero en realidad no ha terminado. Además, puede pasar que los hombres lleguen a situaciones, que se puedan comparar con las condiciones de la esclavitud. Lo de “arriba y abajo” existe igual que antes. Los señores se pueden llamar: jefes o jefas, los esclavos: obreros u obreras.

Cuántas tensiones existen en estas situaciones de “arriba y abajo”: entre el estado y los ciudadanos; entre empleador y empleado; entre superior y subordinados; entre maestros y alumnos y también entre hombre y mujer en el matrimonio y, entre padres y sus hijos.

Pero las dependencias, en las cuales nos podemos encontrar, y las injusticias que nos aquejan, no se provienen solamente de los que tienen la voz de mando. También en el nivel normal interpersonal, podemos caer fácilmente en dependencias esclavistas. Entre colegas o colaboradores; con parientes o conocidos; incluso con hermanos y hermanas en la iglesia, se encuentra la lucha entre “el arriba y abajo” (lea Ro. 12:16; 1.Co. 12:20-25; Fil. 2:1-4).

¿Cómo debe actuar el seguidor de Jesús con dependencias esclavistas o en los conflictos interpersonales desgarradores?

El consejo pastoral de Pablo no comienza con el hombre, sino con Cristo. En los tres versículos se menciona cuatro veces a Cristo en el centro.

Cada uno debe llevar a cabo su vida mirando a Cristo, y no con el pretexto de mejorar su propia apariencia ante los demás. “Pues, ¿busco ahora el favor de los hombres, o el de Dios? ¿O trato de agradar a los hombres? Pues si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo” (Gá. 1:10).



Día 14

Colosenses 3:24-4:1; Efesios 6:9

La mirada al Señor Jesucristo, especialmente en circunstancias difíciles de la vida terrenal, ayuda a los oprimidos a poder mirar, en cierto modo, a través del horizonte del tiempo, la eternidad. Algún día, el Señor mismo, aclarará todo y, para sus fieles, tiene preparada una gloriosa herencia. ¿Acaso hemos aprendido a valorar esa herencia? Es realmente incalculable. Para algunos, ésto es un problema. Pero nosotros podemos leer en la Biblia, que esta herencia realmente existe (Ef. 1:13,14; 1.P. 1:3,4).

Si el lugar del trabajo, cada día es una prueba del fuego; si los alfilerazos del colega casi no se pueden soportar; o si el despido es inminente, todo esto y aún cosas peores, no nos pueden separar del amor de nuestro Señor Jesucristo (Ro. 8:35-39).

Aparte de los “esclavos”, Pablo también se ocupa de los “señores”.

La suerte de ellos no es más fácil, ya que tienen una gran responsabilidad. Depende de ellos actuar con justicia, ocuparse del bienestar de sus subordinados, comunicar con sincera bondad y amabilidad y, tomar decisiones sabias. Cuántas veces, los responsables tienen que soportar críticas insensibles y tonta habladería, y sin embargo, no deben cerrar el corazón a los individuos. Es un gran alivio, saber y conocer a *aquel* que es el Señor de todos los señores. El respeto y el temor a este Señor, les otorga prudencia, fortaleza y bondad. “No te enseñorearás de él (el esclavo) con dureza, sino tendrás temor de tu Dios” (Lv. 25:43). El que tiene temor de Dios nunca transmitirá la impresión: yo estoy arriba, vosotros estáis abajo.

Él aprenderá cada vez más, a orientarse por la manera de ser del Señor de señores: “sea el mayor entre vosotros como el más joven, y el que dirige, como el que sirve” (Lc. 22:26; comp. Mr. 10:43; 1.P. 5:1-5).

